

Anatómicamente estas lesiones se traducen por una hipertrofia del tejido conjuntivo, porque el tiroides aquí deficiente, modera la actividad del tejido conjuntivo. No es que la glándula tiroides vierta en nuestra sangre un elixir de juventud; se limita a combatir la invasión de la célula primitiva e impide que ésta ocupe el lugar de las diferenciadas en el proceso de la evolución.

Claro que al lado de esta causa inicial de la vejez hay otra secundaria, como los venenos producidos por las fermentaciones intestinales, etc., de las cuales no tenemos por qué ocuparnos.

Siendo la vejez el triunfo del elemento primitivo sobre el diferenciado, ¿podemos alejar la fecha de ese triunfo? Hay que tener en cuenta que el elemento primitivo sólo es perjudicial cuando sale de su papel, que hasta entonces es útil, necesario, sin el cual no podríamos pasarnos; nuestro esfuerzo debe consistir en moderar su tendencia a multiplicarse extraordinariamente y al mismo tiempo debemos reforzar los tejidos nobles aumentando su resistencia contra el elemento invasor. ¿Tenemos medios para ello? Gracias al método experimental cuyo valor ha sido realizado por el genio de Claudio Bernard, se ha visto basta quitar a un hombre su glándula tiroides para suprimir al cerebro su capacidad de formar ningún pensamiento. Se ha comprobado que las paratiroides impiden que nuestras células nerviosas entren en una excitación loca e impriman a nuestro cuerpo contracciones violentas de los músculos que causan la muerte en pocos días. Las glándulas suprarrenales segregan un líquido necesario para sostener las palpitations del corazón y la contracción de las arterias. Suprimiendo el cuerpo pituitario, el animal se hace somnoliento, la respiración se retarda, la temperatura baja y muere en el coma; la hipertrofia del lóbulo anterior determina la acromegalia, su insuficiencia, el enanismo; el lóbulo posterior estimula la secreción de la leche, la renal, la contracción de los músculos de nuestras vísceras y el desarrollo de la grasa...

La vida, la función de todos nuestros órganos depende, por lo tanto, de la actividad de las glándulas, que, cosa maravillosa, es la misma en todos los animales. La secreción interna de una glándula de un carnero o de un perro es idéntica a la del hombre, y si se pudieran transplantar las glándulas de aquellos en el cuerpo de éste, se obtendría la misma influencia sobre la función de los órga-